



Los hidrocarburos, de la cuna a la tumba

Por **Ing. Eduardo J. Fernández** (Presidente de la Comisión de Publicaciones del IAPG)

Una reflexión acerca del presunto fin de los hidrocarburos y de las transiciones energéticas.

Primero, aclaremos que la Edad de piedra no terminó porque se agotaron las piedras. De igual modo, es fácil predecir que la era de los combustibles fósiles no terminará debido a la extinción de los recursos, sino posiblemente como consecuencia de una transición energética en pos de la reducción de la contaminación global del medio ambiente.

En ese sentido, el mundo es algo más grande que los países centrales y está avanzando en forma dispar hacia un entorno que pretende ser menos contaminante. Sin embargo, es preciso tener en claro una premisa elemental: toda actividad humana

contamina, por lo tanto, debemos estar advertidos de que cualquier avance en nuevas tecnologías también presentará aspectos contaminantes, aunque aún nos cueste identificarlos o no podamos dimensionar.

La transición de la combustión de los hidrocarburos como fuente de generación eléctrica a otros facilitadores de potencia y tracción no ha generado un consenso global único, ni siquiera entre los países de mayor desarrollo humano y tecnológico, la reducción del uso de hidrocarburos como estrategia básica de disminución de la huella de carbono no garantiza que las otras fuentes mejoren

la calidad del medio ambiente y, consecuentemente, las condiciones de vida del planeta.

Esta modificación de los insumos para la generación de energía tiene, según mi criterio, un aspecto esencial que se debe contemplar: no es igual el impacto socioeconómico que esa sustitución puede generar en los países de mayor desarrollo económico, tecnológico y con alto poder adquisitivo que en el resto de las naciones.

Tengamos en cuenta que aproximadamente el 80 % de la riqueza está repartida en tan solo el 20 % de las naciones del planeta, que son las

que cuentan con las condiciones tecnológicas adecuadas para generar los cambios de paradigma, que además en el pasado han crecido a un ritmo lo suficientemente rápido para proveer a sus habitantes una calidad de vida más que satisfactoria comparada con el resto. Las buenas intenciones y las propuestas de mejora que proponen hacer no tienen en cuenta la disparidad en el balance entre el consumo y el desarrollo que tiene el otro 80 % de las naciones.

En este complejo juego de intereses la Argentina tiene un dilema que resolver antes de adoptar una posición que no implique solamente una expresión de deseos respecto de la reducción de los contaminantes, sino que establezca un equilibrio económico, de crecimiento y de calidad de vida para la población.

En ese sentido, la existencia de grandes cantidades de gas y petróleo, tanto en Vaca Muerta como en el Golfo San Jorge, obligan a pensar con mucho cuidado cuál es la política más adecuada para nuestra adhesión al esfuerzo mundial de reducción de contaminantes. Nuestra política debe estar sustentada con argumentos sólidos, no alcanza una adhesión a intenciones regionales o globales que muchas veces no están alineadas con nuestros intereses.

Algunas inconsistencias en esas decisiones ya se advierten en los planeamientos que se intentan esbozar y que carecen de la adecuada funda-

mentación, como se dice comúnmente “para muestra basta un botón”. El plan que la Argentina desea presentar en la reunión de Glasgow, Escocia, a principios de noviembre nos compromete a una participación del 30 % de renovables en la generación para 2030. Teniendo en cuenta que el actual promedio anual es del 10 % –esto implica un tremendo esfuerzo económico público y privado–, que por un lado, desarrolle la infraestructura correspondiente y, por el otro, reduzca la participación de gas para generación en un lapso de menos de nueve años. Si ese gas se destinara al mercado internacional esto compensaría parte del esfuerzo, pero más allá de los mercados regionales vecinos la infraestructura para la exportación de gas también es extremadamente limitada.

El desplazamiento de la matriz hacia energías renovables por parte de la Argentina, como así también de otros países de mediano desarrollo, es muy loable pero insuficiente, si los países de mayor desarrollo no lideran esta iniciativa, ya que son ellos los que pueden producir el mayor impacto sobre el ambiente y, dicho sea de paso, pueden pagar menores costos sociales. Además, ese desplazamiento implica un parcial abandono del consumo de gas, recurso que para la economía argentina es de extrema importancia sobre todo en esta instancia donde las principales empresas productoras han comenzado a realizar importan-

tes inversiones y tienen programas muy ambiciosos respecto de la monetización de estos activos.

La explotación argentina de los hidrocarburos puede generar una importante fuente de divisas que el país necesita si se aprovecha la oportunidad, o puede desvanecerse con la implementación de políticas de adhesión a un movimiento mundial que, al menos por ahora, no está bien definido y ni suficientemente coordinado.

El aprovechamiento de la riqueza de los hidrocarburos no convencionales –y también de los convencionales– es ahora. Hay que concentrar esfuerzos y no perder tiempo. Esto requiere acciones mancomunadas de autoridades y empresas, además de políticas consistentes.

Los renovables y la utilización de hidrógeno como vector pueden ser muy convenientes para el medio ambiente, pero su implementación en forma masiva en los próximos años tendría como consecuencia el desaprovechamiento de petróleo y gas tanto en el nivel local, por su sustitución, como en el comercio internacional, debido a la falta de la infraestructura y la regulación necesarias para promover las exportaciones.

Los tiempos y las circunstancias no son iguales para todos los países. Es menester generar planes alternativos, ya que probablemente sean las opciones más viables.

No perdamos otra oportunidad.

